

IV

LA SEÑORA LAROQUE

Mientras yo acababa de vestirme, mi madre me dijo:

—La señora Laroque está muy enferma; se morirá; sus hijas me han rogado que vaya a verlas esta mañana; las encontrarás a las dos junto al lecho de la moribunda. Apresúrate, hijo mío.

Aquello me sorprendió; había oído hablar de un catarro, sin darle importancia.

—¡Ha pasado una noche terrible!—añadió mi madre—. A los noventa y tres años lucha de un modo inaudito contra la enfermedad. Esta mañana se había tranquilizado.

Corrí. En la puerta de su alcoba, un obstáculo invisible me golpeó el pecho y me detuvo. Todo estaba silencioso, y sólo se oía el estertor de la moribunda. La mayor de sus dos hijas, sor Serafina, con su hábito de religiosa, el rostro amarillento, como una vieja figura de cera, de pie junto a la cama, revolvió con una cucharilla el contenido de un vaso de cristal, serena y humilde, atenta, sin dejarse vencer por el sentimiento, con una gravedad religiosa,

que realizaba el momento familiar y solemne. Teresa, la menor, entumecida por el mucho llorar y el poco dormir, con sus canosos cabellos enmarañados, los codos sobre las rodillas y la cara apoyada en los puños, abrumada, embrutecida, miraba con dulzura a su madre. No reconocí la alcoba a pesar de no haberse variado nada, pero se amontonaban muchas botellas, frasquitos y vasos sobre el mármol de la chimenea. A la izquierda estaba la cama, cuyo dosel me ocultaba a la moribunda; junto a ella, la pila del agua bendita sostenida por dos ángeles de porcelana en colores; sobre la pila, un crucifijo y el retrato, al pastel, de Teresa, joven y delgada, con su negro pelo alisado, su vestido color de canela, las mangas ahuecadas y un talle de «sífide». En el fondo, la ventana con su vieja cortina de algodón rojo. A la derecha la cómoda de caoba, sobre la cual había un servicio de café de blanca porcelana con filete de oro; en la pared un daguerreotipo de la señora Laroque y una cabeza de Rómulo dibujada con lápiz negro, copia de David hecha por sor Serafina en su infancia. Y aquellas cuatro paredes se revestían de majestad.

—Entra, Pedrín—me dijo la monja.

Me acerqué a la cama. El rostro de la señora Laroque no había cambiado; bajo la colcha se adivinaba la hinchazón del vientre; las manos terrosas arañaban el embozo. La moribunda tenía los ojos entornados y no reconocía a nadie. Sin duda sentía una penosa sensación de hambre, porque recla-

maba con insistencia que le diesen de comer, y preguntaba si por acaso la llevaron a un mesón para tenerla en ayunas. No cesaban los estertores, pero su aspecto era completamente tranquilo. Hacía ya media hora que yo estaba junto a ella cuando mostró alguna agitación; su rostro se arreboló, sus escasos cabellos grises se libertaron de la cofia y cayeron sobre sus sienes viscosas.

Pronunció palabras entrecortadas, pero inteligibles.

—¡Hola!... Juanita... ¡hola!... Espere un poco, madre; necesito conducir la vaca al establo... No se ve mucho... ¡Madre!, le di ya una sopa de guisantes y una tortilla... ¡Los cazadores furtivos!... ¡Los cazadores furtivos!...

Se imaginaba niña en su pueblo.

—¡Madre, obscurece ya! No veo nada... encenderé un candil... ¡Madre, quiero hacer una tortita para Pedrín, que es muy goloso!

Al oírla delirar de aquel modo, sus dos hijas hicieron un movimiento brusco; yo sentí una impresión extraña y terrible al ver mi nombre mezclado entre seres y cosas de otra época.

Teresa quedó abrumada en su silla baja; sor Serafina me condujo a la habitación inmediata y me dijo con voz serena:

—Estaba en su juicio al recibir los Santos Sacramentos. Se los administró el Padre Moinnier. Desde un principio el médico nos dijo que no había esperanza, y que la mucha edad de nuestra madre no

permitía hacerse ilusiones. La sorprendió el viernes una neumonía senil. La parálisis de los intestinos no tardó en presentarse. Teresa, que soporta mal el insomnio, está rendida.

La monja cruzó las manos ocultas bajo las mangas y me hizo un gesto apenas perceptible. Su alma ofrecía la severidad y la sencillez de su hábito religioso, y su resignación embellecía su tristeza. Oímos a través de la puerta de la cocina la voz de Navarín, el loro, que decía:

Tengo buen tabaco
en mi tabaquera
¿por qué, por qué?

Cuando volví, al atardecer, las colgaduras del lecho estaban corridas. Ya no había vasos, ni frasquitos, ni botellas en la mesa de noche; sólo dos velas encendidas, y una rama de boj en el agua bendita. La señora Laroque, con su crucifijo entre las manos, descansaba para siempre, inmóvil y descolorida.

—¡Pedrín!— me dijo la monja—, dale un beso. Te quería como a un hijo. En los últimos instantes, cuando aún razonaba, pensó mucho en ti. Nos dijo: «Le daréis a Pedrín un reloj de oro; es mi recuerdo; y haréis grabar en la tapa la fecha de...» No pudo acabar, y desde aquel momento no reconoció a nadie.

V

EL SEÑOR DUBOIS

Aquella semana tuve notas deplorables. Mi conducta era mala, mi trabajo nulo. Mi pobre madre, abrumada por la aflicción, imploró al señor Dubois.

—Puesto que se interesa usted tanto por este niño—le dijo—repréndale. Le atenderá más que a mí. Hágale comprender lo que pierde con descuidar sus estudios.

—¿Cómo quiere usted que le convenza de su falta, mi querida señora—respondió el señor Dubois—si yo no estoy convencido?

Sacó de su bolsillo un libro y leyó estas líneas:

«No fué preciso que Homero pasara diez años encerrado en un colegio y entre duros castigos, para aprender algunas palabras que se aprenden mejor en cinco o seis meses sin salir de la casa paterna.»

«Y ¿sabe usted quién ha dicho esto, señora Nozière? No era un rústico, ni un ignorante, ni un enemigo del estudio, sino una inteligencia privilegiada, un hombre docto, el más correcto escritor

de su época, ¡la época de Chateaubriand!; un libe-
lista intencionado, un amante de la lengua griega,
el delicioso traductor de la pastoral *Dafnis y Cloe*,
el hombre que ha escrito las cartas más hermosas
del mundo: Pablo Luis Courier.

Mi madre miró al señor Dubois dolorida y extra-
ñada; el anciano me tiró suavemente de la oreja y
me dijo:

—Amiguito, no basta desoir a esos pedantes ene-
migos de la Naturaleza; es necesario escuchar a la
Naturaleza: sólo ella puede explicarte a Virgilio y
enseñarte las leyes de los números. En las horas de
asuetos no te abandones un instante, para resarcirte
de las horas perdidas en las aulas.

El señor Dubois era entonces un corpulento an-
ciano de setenta a setenta y dos años, que llevaba
la cabeza erguida, saludaba sonriente y sabía con-
servar las distancias sin dejar de ser afable para
todos. Con el pelo cuidadosamente alborotado y
cortas patillas al estilo de su juventud, realizaba su
largo rostro afeitado, cuya severidad endulzaba una
sonrisa graciosa. Solía cubrirse con una levita verde
botella; en una caja de concha con esmalte llevaba
el rapé, y se sonaba en un pañuelo grande y rojo.

Entabló relaciones con mi familia porque mi pa-
dre había sido médico y amigo de su hermana, y
desde que ésta murió el señor Dubois iba a nues-
tra casa con mucha frecuencia. Si yo no hubiese
oído conversar al señor Dubois con mi padre, cu-
yas opiniones eran opuestas en todos los asuntos, si

no le hubiese visto saludar a mi madre, cuya mo-
destia y cuya timidez excesivas no eran muy a pro-
pósito para alentar expresiones galantes: yo no
hubiera comprendido nunca hasta qué punto de
perfección puede llevar un hombre mundano el
respeto, la prudencia y la cortesía. Descendiente de
una familia burguesa de París, hijo y nieto de abo-
gados y magistrados del antiguo régimen, el señor
Dubois pertenecía por su educación a la vieja so-
ciedad francesa. Se le consideraba egoísta y parsí-
monioso. Efectivamente, sin duda lo que más le in-
teresaba era vivir bien, y como tenía pocos recur-
sos, evitaba las ocasiones de mostrarse generoso.
Hombre de buenas costumbres, amaba la sencillez,
la practicaba y la convertía en un adorno y en una
virtud. Vivía solo con su vieja ama de llaves, Clo-
rinda, servidora fiel pero enviciada con la bebida,
cosa desagradable, y sin duda por esta razón el
señor Dubois huía de su casa y se refugiaba en la
nuestra.

Como era sabido que al señor Dubois no le agra-
daba la compañía de los jovencuelos, era más de
agradecer que me tratase con benevolencia; y su-
pongo que obedecía esto al interés notorio que me
inspiraban casi siempre sus minuciosos relatos.
Conquisté su estimación cuando no había cumpli-
do aun los catorce años, y sin enorgullecerme por
ello estoy seguro de que le agradaba más hablar
conmigo que con mi padre. Hace mucho tiempo
que se calló para siempre, y aún resuena en mis

oídos aquella voz un poco apagada y nunca violenta. La pronunciación del señor Dubois, como la de sus contemporáneos, difería de la de los hombres actuales; era más sencilla y más suave. El señor Dubois no pronunciaba jamás las letras dobles ni las consonantes finales.

Yo sabía poco de su existencia y no me preocupaba saber más; en aquel tiempo no me aguijoneó, como ahora, la curiosidad del pasado. El señor Dubois, a los veinte años, cuando ya declinaba el Imperio, entró en el ejército y tomó parte en la campaña de 1812 como ayudante del general D... Se le habían helado las orejas en Smolensk. No era partidario de Napoleón, a quien reprochaba con amargura haber sacrificado quinientos mil hombres en Rusia y haber usado durante aquella campaña un gorro polonés, acaso muy a propósito para los magnates de aquel país, pero que le daba un aspecto de vieja.

—Y en realidad—añadía el señor Dubois—, era curioso y charlatán como una comadre. Cuando le conocí en su juventud, estaba gordo. Sus bustos y sus retratos no dan idea de su figura, porque los artistas, obedientes a sus órdenes, modificaban las líneas de su rostro conforme a los modelos de la antigüedad. Era vulgar en sus modales, descortés con las mujeres; tiraba el rapé y comía con los dedos.

Mi padrino, el señor Danquin, que adoraba al emperador, se estremecía al oír tales cosas.

—¡También yo le conocí!—exclamaba—. En 1815, cuando yo tenía ocho años, mi padre me alzó sobre los hombros para que le viese a su entrada en Lyon; entonces ofrecía su busto una belleza soberana. Como yo le vi, le vió un pueblo inmenso, asombrado por aquel magnífico rostro como por la cabeza de Medusa. Nadie podía resistir su mirada; sus manos, que amasaron un mundo, eran pequeñas como unas manos femeninas, y de forma perfecta.

En aquel tiempo Napoleón vivía intensamente en las almas. No habían pasado aún sobre su gloria dos generaciones; apenas hacía veinte años que llegó en su carro fúnebre para dormir a la orilla del Sena. Dos de sus hermanas, tres de sus hermanos, sus hijos, sus generales, escalonados en la muerte, al despedirse de la vida hicieron vibrar cada uno a su vez el eco de su nombre y de su gloria. El último de sus hermanos, varios de sus generales y una muchedumbre de sus colaboradores y soldados vivían aún. Algunos ancianos inocentes como mi buena Melania imaginaban que no había muerto.

Todas las conversaciones acerca de él eran apasionadas.

—Fué el más grande entre los famosos capitanes—decía el señor Danquin.

—No lo dudo—replicaba el señor Dubois—, si se mide su grandeza por sus derrotas.

Y la disputa entablada seguía siempre de igual modo:

El señor Danquin.—Tenía el genio de la guerra como tenía también toda clase de genios. Sus ojos de águila lo veían todo a la vez. Siempre dueño de sí, tenía memoria, conocimiento de los hombres, sentido de las muchedumbres, energía infatigable para el trabajo; penetraba en los menores detalles para subordinarlos al conjunto. Su actividad traspasó los límites fijados hasta entonces a las fuerzas humanas.

El señor Dubois.—Conocía a los hombres, pero odiaba a las eminencias. No podía soportar a ningún hombre superior. Sólo buscaba dependientes y ayudantes; y cuando en la hora suprema necesitó el apoyo de los hombres no había ninguno junto a él. Sin duda era inteligente; brillaban sus ojos con lucidez cuando no los empañaba la ambición, pero su alma era vulgar; no supo ver las personas y las cosas como un filósofo; las vió siempre como un administrador. Indiferente a las teorías, ajeno a toda filosofía, lo que no sirve a sus proyectos no le interesa. Hasta en la mecánica, su terreno favorito, desecha lo que no juzga de provecho inmediato, como las embarcaciones y los carruajes de vapor. Nunca ofrece una idea desinteresada en una especulación pura. No sospechó jamás el genio de un Lavoisier, de un Bichat y de un Laplace. Le horrorizaban las ideologías.

El señor Danquin.—Naturalmente; como que tenía el genio de la acción.

El señor Dubois.—Nunca tuvo el sentimiento de

la medida. Se advierten en él contrastes que asombran. Es todo acción y se precipita en lo romántico. Tiene tanto de infantil como de hombre genial. Vedle en los apuntes de Girodet, que le sorprendió en el teatro de Saint-Cloud: su cabeza es de niño, de niño de Titán si usted quiere, pero de niño al fin. En lo moral conserva del niño la poderosa ilusión, el gusto de lo enorme, de lo excesivo, de lo maravilloso, la imposibilidad de resistir a sus deseos, una ligereza de espíritu que no se contuvo ni en las situaciones más graves; y la facultad de olvidar, que la mayoría de los hombres pierden al salir de la infancia, subsistió en él hasta la edad madura.

El señor Danquin.—Alguna vez debía disminuir la extensión de su espíritu, que abarcaba el mundo entero.

El señor Dubois.—Fué un jugador, y como todos los jugadores acabó miserablemente. Una vez dijo: «Nunca emprenderíamos nada si quisiéramos asegurar por anticipado el éxito de nuestra empresa.» Esta frase descubre su espíritu de jugador. Los jugadores buscan emociones fuertes; la incertidumbre les deleita; no gozarían si no dudaran de su fortuna. Prefieren la guerra a la paz, porque la guerra ofrece más peligros y más accidentes. Cuando había perdido en el juego de las batallas, buscaba en el mismo juego la reparación de sus pérdidas. ¿Y qué ha dejado vuestro héroe? ¿Dónde está su obra? Él mismo se juzgó en Munich, en

1805 o en 1809, el día que, al ver en la habitación que le habían destinado un retrato de Carlos XII, dijo con imperioso desdén: «Que se lleven de aquí este retrato. Es un hombre sin consecuencias.» Aquel día formuló su propio juicio ante el tribunal de la Historia el que debía ser, entre todos los hombres famosos, el hombre sin consecuencias.

El señor Danquin.—¡Sin consecuencias! Ha salvado a Francia de la anarquía; consolidó las conquistas de la Revolución; fundió en el horno de su genio la antigua sociedad con la nueva, y obtuvo de este modo una aleación de bastante fortaleza para sufrir las pruebas del hierro y del fuego, de la guerra civil y de los cañones extranjeros. Él creó la Francia nueva y dió a la Patria lo que resulta más precioso que el oro y más necesario que el pan: la Gloria.

Y los dijes de la cadena del señor Danquin resonaban batalladores sobre su vientre, mientras el señor Dubois hacía girar entre sus dedos su cajita de rapé, como si tratara de asociar las formas geométricas a las de su pensamiento. Así los dos, formaban un grupo digno de figurar en la *Escuela de Atenas*, de Rafael.

A mi padrino le agradaban las batallas, aunque solamente las vió en pintura, y el señor Dubois, que había pasado el Berécina, trajo de allí el horror a la guerra. Pidió su retiro en 1814, y no sirvió a la Restauración, que le disgustaba tanto como el Imperio. Sólo Marco Aurelio le interesaba.

VI

LA BIFURCACIÓN

Aquel año, y ocho días antes de abrirse las clases, encontré a Fontanet que regresaba de Eretat con el rostro ennegrecido por las brisas marinas y la voz más llena que antes. No había crecido, pero compensaba la pequeñez de su estatura con la elevación de su pensamiento. Después de referirme sus juegos, sus baños, sus navegaciones, sus peligros, frunció el entrecejo y me dijo con mucha seriedad:

—Nozière: vamos a entrar en las clases superiores; este es para nosotros el año de la bifurcación. ¿Has reflexionado lo que vas a ser?

Le respondí que no lo había reflexionado, pero que seguramente me inclinaría por las letras.

—¿Y tú? —le pregunté.

Al oír mi pregunta ensombrecióse todavía más su frente, y me respondió que aquello era muy grave, que no se podía decidir a la ligera.

Quedé perplejo, humillado, celoso de su prudencia.

Para comprender las frases cruzadas entre Fon-